



REPRESENTACIÓN EN ESPAÑA

Comisión Europea -> España -> Servicio de Prensa CE



COMUNICADO DE PRENSA

Salamanca, 9 de noviembre de 2017

Discurso del Presidente Juncker en el acto de investidura como doctor «honoris causa» por la Universidad de Salamanca

Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Salamanca,

Excmo. Sr. Presidente del Gobierno, mi querido amigo Mariano,

Excmos. Srs. Ministros, queridos amigos,

Excmo. Sr. Presidente de la Comunidad Autónoma,

Excmo. Sr. Alcalde de Salamanca, qué suerte tiene de ser alcalde de esta ciudad tan bella, en mi segunda vida trataré ser alcalde de Salamanca

Señoras y Señores profesores,

Queridos estudiantes,

Queridos amigos, sobre todo me gustaría saludar a las dos hijas de mi amigo Manuel Marín:

Con placer y emoción me presento hoy ante ustedes y estoy muy feliz y honrado de ver aquí a mi querido amigo el Presidente Mariano Rajoy.

Nos conocemos desde hace siglos, hemos pasado muchas noches juntos en Bruselas con otros compañeros y seguramente seguiremos pasando muchas noches juntos. Siempre he compartido la misma visión de Europa, incluso me atrevería a decir el mismo amor por España. Pero seguro que su sentimiento por España es mucho más fuerte que el mío, porque conoce mejor España que yo. Mi agradecimiento más caluroso a Mariano, y también a sus Ministros, por acompañarme hoy aquí.

Ya que hablo de España, la Unión Europea, que es la nuestra, está incompleta sin España. España nos ha aportado, con su adhesión a la Unión Europea, su tremenda riqueza histórica y cultural, sus numerosos talentos, su generosidad y su libertad de pensamiento. Y ésta magnífica ciudad de Salamanca, dos veces milenaria, es a este respecto un símbolo muy importante.

Salamanca es indisociable de su universidad. Una universidad con reputación internacional. Y su universidad es indisociable de la libertad intelectual, de ese poder, que es el verdadero poder, de decir no, no a las divisiones, no al rechazo del otro, no a las dictaduras, que fue expresado en estos mismos lugares, con tanta elocuencia y coraje, por uno de sus más célebres rectores, el autor de *El Sentimiento trágico de la vida*, Miguel de Unamuno, quien, 50 años antes de la adhesión de España a la Unión Europea, defendió la fuerza de la razón y del Derecho en un llamamiento a la unidad de España. Ello resume perfectamente el increíble camino hacia la democracia y la unidad europea recorrido por España durante las últimas décadas.

Si nunca es un acontecimiento neutro ser investido doctor honoris causa, y aquí agradezco a mi padrino por sus palabras, lo es aún menos cuando tal distinción la otorga una universidad que celebrará el año próximo el 8º centenario de una existencia prestigiosa y de gran proyección internacional

Para mí es sin duda un gran honor que me conceda el título Doctor Honoris Causa por parte de esta universidad, que ha visto pasar por ella a todas las grandes figuras intelectuales de la edad de oro española, el Siglo de Oro español, que desde siempre ha acogido a miles de estudiantes procedentes de todos los horizontes y que siempre ha estado decididamente abierta al mundo y orientada hacia el futuro.

Ustedes han sido la primera universidad en disponer de una biblioteca universitaria, la primera en inaugurar una cátedra de economía y también la primera del mundo en haber nombrado a una mujer profesora de universidad, algo si cabe más importante y necesario.

Y aunque, a decir verdad, no soy coleccionista de premios y honores, debo confesar que me siento especialmente satisfecho estas semanas, ya que el 20 de octubre estuve en Oviedo para la entrega del Premio Princesa de Asturias de la Concordia a la Unión Europea, después la semana pasada en la Universidad de Coímbra, donde fui nombrado doctor honoris causa por la Facultad de Derecho, y ahora heme aquí en Salamanca en una ceremonia que me llega directamente al corazón.

Veo en ello un feliz cúmulo de circunstancias. En efecto, Salamanca, Coímbra, Oviedo y la Unión Europea van juntos, mucho más de lo que yo podía imaginar, ya que su universidad fue galardonada con el Premio Príncipe de Asturias de la cooperación internacional junto con la Universidad de Coímbra en 1986, el año de la adhesión de España y de Portugal a la Unión Europea.

Cuando, en 1982, empecé una ya larga carrera europea, éramos diez Estados miembros, hoy veintiocho, menos uno. Tuve la inmensa suerte de contarme entre quienes negociaron la adhesión de España y de Portugal a la UE, es decir a las Comunidades europeas, ya que la Unión Europea no es sino la hija del Tratado de Maastricht.

Una vez que pasamos a ser doce, tuve que negociar, como joven ministro del presupuesto y presidente del Consejo de Presupuesto, el primer presupuesto europeo que debía integrar la adhesión de los dos nuevos Estados miembros. Es difícil resistirme a la tentación de evocar ante ustedes los recuerdos que guardo de este periodo, pero no los voy a evocar porque algunos que no están en la sala podrían molestarse un poco por la lamentable actitud que adoptaron en aquel momento ya que no querían aceptar la idea de que a partir del 1 de enero del 86 habría dos nuevos Estados miembros. Lo que supuso que tuviera que presentar primero un presupuesto para diez Estados y luego, cuando España y Portugal se convirtieron en miembros, tuve que presentar un

presupuesto para diez meses. Efectivamente así es Europa, pero ha conocido mejores tiempos.

Años más tarde, cuando fui Ministro de Economía y Finanzas, trabajé, junto con otros, por la creación de una Unión Económica y Monetaria; era Presidente de la Conferencia Intergubernamental que nos condujo al Tratado de Maastricht. Por lo tanto conozco perfectamente los esfuerzos realizados por los pueblos del Sur para ajustarse y ponerse en condiciones de poder adherirse a la moneda única.

En aquellos momentos algunos pensaban, los espíritus ortodoxos del Norte de Europa, que España no podría ser miembro de la zona euro. Se hablaba del «Club Mediterráneo» y otras estupideces del estilo. Siempre he defendido a los países del Sur y a España en particular. Desde entonces, albergo, en relación con España, profundos sentimientos de amistad y respeto.

Por eso deseo rendir aquí homenaje a los españoles, sobre todo a los más modestos, por haber conseguido, con la elegancia que caracteriza a esta gran nación, el logro del ajuste necesario para entrar a la zona euro y ser capaces de reaccionar, con la misma elegancia y determinación, a la crisis económica, financiera y también bancaria que sufrió recientemente el país.

Esta Europa de paz y democracia, como la nuestra actualmente, no se reduce solo a unas instituciones ni a un gran mercado interior, ni siquiera a una moneda única.

Europa es también, y sobre todo, el deber de la memoria. La obligación de recordar lo que han hecho las generaciones anteriores a la nuestra, algo que quizá no podríamos haber hecho nosotros mismos. Es la generación de nuestros padres, de nuestras madres y abuelos, que, tras salir de los campos de concentración y los campos de batalla, volvieron a sus ciudades y pueblos destruidos e hicieron de esta eterna plegaria de la posguerra «nunca más» un programa político que despliega sus efectos benéficos hasta nuestros días.

Europa también es para nosotros y nuestros países un conjunto solidario, un marco de paz y de Estado de Derecho, donde compartimos las mismas ambiciones y hacia el que se dirigieron naturalmente Grecia, Portugal y España para consolidar sus jóvenes democracias. Como Doctor de vuestra Facultad de Derecho me gustaría recordar aquí que la Unión se basa en la reglas del Derecho. El día en que Europa no respete el Derecho, la norma libremente aceptada, Europa habrá perdido todas sus oportunidades. Somos únicos en el mundo y no se juega con el Derecho.

Europa es también esta capacidad de vivir y trabajar juntos, de superar nuestras divisiones y acercar nuestros puntos de vista. Es una cooperación que, día tras día, nos vincula cada vez más estrechamente entre nosotros.

Es la reunión de la diversidad de fuerzas y talentos de todos los europeos, es el estudiante, el aprendiz, el profesor que, gracias al programa Erasmus+ tiene la posibilidad de estudiar o enseñar en otro país.

Más de un millón de niños han nacido de la unión de entre los 9 millones de estudiantes europeos que han participado en el programa Erasmus. La Comisión es quien asume la responsabilidad de este entusiasmo continental. También quisiera rendir un homenaje a mi amigo Manuel Marín, que fue becario de la Comisión Europea y posteriormente Comisario y Vicepresidente de la Comisión. Él es, de hecho, responsable, no de estos bebés, sino del éxito del programa Erasmus. Sin él, sin duda, Europa, la Europa de los

jóvenes, no sería lo que es en la actualidad. Sin Manuel, esta Europa de los jóvenes no habría visto la luz. Por eso, desde aquí, deseo saludarle con afecto y amistad.

Nuestra generación, la suya y la mía, no tenemos derecho a deshacer lo que las generaciones anteriores han realizado. Las generaciones siguientes necesitarán una Europa aún más unida y solidaria, una Europa más social, ahí queda mucho trabajo por hacer, una Europa competitiva, una Europa fuerte dentro de su territorio, una Europa fuerte en el mundo.

El rechazo del otro no es una virtud europea, peor aún, es la mayor amenaza que pueda cernirse sobre nuestra Unión. Porque el nacionalismo es un veneno que impide que Europa actúe conjuntamente para influir en el curso de los asuntos del mundo.

No tenemos derecho a deshacer al nivel nacional y regional el modelo de coexistencia que hemos sabido crear para el conjunto de Europa; si lo hacemos, iremos todos a la deriva. Yo digo sí a la Europa de las naciones, sí a la Europa de las regiones, pero digo no a la re-división en categorías nacionales y regionales que felizmente hemos podido superar tras la Segunda Guerra Mundial.

Europa sigue amenazada, no se crea que Europa está a salvo. Europa ha pasado por pruebas, ya que, en el momento de la crisis económica y financiera, que no se desencadenó en Europa, sino en otro continente, pudimos ver que hasta qué punto puede desplazarse un continente respecto de su eje central si no se respetan las virtudes cardinales de la economía social de mercado.

En los últimos años, estos años de «policrisis», de la crisis económica, a la crisis de los refugiados, muchos no han sabido, o no han querido, comprender. En efecto, a fuerza de hacer a la Unión Europea culpable de todos los males, era inevitable que los pueblos se apartaran de ella. No obstante, enfrentada a una de las crisis más graves de su historia, como demuestran el ascenso del populismo y el alejamiento de muchos de nuestros ciudadanos, Europa ha sabido reaccionar y demostrar a quienes pensaban que había llegado el momento de desmontar la Unión, de hacerla añicos, de dividirla, que estaban totalmente equivocados. Porque nuestra Unión es la respuesta a los problemas a los que debemos enfrentarnos y ella, nuestra Europa no la causa de estos problemas. En aquella tormenta, en la que pasó y en todas las tormentas venideras, Europa ha resultado ser mucho más resistente de lo que muchos de sus detractores habrían pensado o esperado.

Europa ha vuelto a la recuperación y el crecimiento, perceptibles en todos los Estados miembros de la Unión Europea. Tenemos hoy la tasa de empleo en Europa más elevada de lo que nunca ha conocido en Europa: 235 millones de europeos tienen empleo. Las cifras de desempleo bajan, aunque el desempleo juvenil sigue siendo excesivamente elevado. Baja el desempleo y nunca lo decimos. Desde que soy Presidente de la Comisión, hemos creado en Europa 9 millones de empleos. No he sido yo. Pero si hubiéramos perdido 9 millones de empleo, habría sido yo.

Por lo tanto, hay que subrayar que Europa, desde hace unos años, experimenta un éxito económico impresionante. Al igual que los países han sabido reducir sus déficits presupuestarios, que eran del 6,1% hace algunos años y ahora, como media, ascienden al 1,4%, España todavía tiene que hacer un pequeño esfuerzo, y lo está haciendo, puesto que la política presupuestaria española tiene mi admiración.

Debemos concentrarnos en los grandes retos. Cuando tuve el honor de ser elegido Presidente de la Comisión dije que deberíamos ocuparnos exclusivamente de los

grandes temas y no de las nimiedades con las que la Comisión trataba de interferir en la vida cotidiana de los europeos. Las Comisiones anteriores adoptaban ciento veintitrés iniciativas al año, nosotros adoptamos veinte, veintiuna, veintidós, y creemos que es suficiente. Hagamos lo que debe ser perfecto antes de crear el desorden, al querer hacer demasiado y sobrecargar de trabajo a los miembros de la tripulación. Si no nos concentramos en lo esencial, daremos nacimiento a una oleada populista que consistirá en criticar las acciones y las inacciones de la Unión Europea. Quiero advertir a los partidos tradicionales de que no sigan a los populistas. Quien corre detrás de los populistas termina por convertirse él mismo en populista.

Por tanto, sepamos aprovechar este momento, cuando Europa tiene el viento en popa, para completar el trabajo que hemos iniciado, para dar vigor a un crecimiento que sigue siendo demasiado mediocre. Ofrezcamos auténticas perspectivas de futuro a los jóvenes europeos que todavía en un número demasiado elevado siguen padeciendo el desempleo. Ahora es cuando debemos actuar. Ahora es cuando debemos poner en práctica el programa detallado que ha de conducirnos hasta las próximas elecciones europeas y sobre el que los dirigentes de la UE se pusieron de acuerdo en el último Consejo Europeo. Ahora, *hic et nunc*, es cuando debemos saber establecer nuestras ambiciones para las próximas décadas y dotarnos de los medios de afrontarlas con más eficacia, unidad y fortaleza.

No olvidemos nunca cuál es nuestra tarea, y hagámosla, tomándonos muy en serio las críticas que nos dirigen. Sí, creo que los acuerdos comerciales son necesarios, porque un acuerdo comercial que lleva a un volumen de exportaciones de 1 000 millones de euros suplementarios supone la creación de 14 000 empleos. Hagamos la Unión Digital. Si lo hacemos, significa un valor añadido anual de 435 000 millones de euros y varios millones de empleos para los jóvenes que esperan, a veces con ansiedad y con angustia, un futuro del que saben que no van a poder dominar todas las dimensiones. El cambio climático, otro gran deber, otra gran ambición de Europa. El que algunos se aparten de este objetivo no constituye ninguna razón para que Europa haga lo mismo: al contrario, debemos redoblar los esfuerzos.

Sin duda, debemos rendirnos a la evidencia de que Europa, que nos parece grande, es muy pequeña. El territorio de la Unión Europea se extiende por 5,5 millones de kilómetros cuadrados; solo Rusia, uno de nuestros grandes vecinos, tiene 17 millones de kilómetros cuadrados. Europa representa hoy alrededor del 25% del PIB global. De aquí a unos años solo supondremos entre el 15 y el 20%. Desde un punto de vista demográfico, hay que recordar que a principios del siglo XX los europeos representaban el 25% de la población mundial y al final de este siglo, del siglo en el que estamos, los europeos serán el 4% de los 10.000 millones de hombres y mujeres que poblarán el planeta.

No es el momento de quedarnos con los brazos cruzados, de bajar la guardia, sino el de poner en común aquello que debe ponerse en común. Por tanto, digo no a cualquier forma de separatismos que fragilizan Europa y que añaden fracturas a las fisuras ya existentes. Pero, para todo ello, queridos amigos, necesitamos tener paciencia y determinación. Esa paciencia y esa determinación que requieren los largos trayectos y las grandes ambiciones.

Muchas gracias.

Contacto: [equipo de prensa](#) de la Comisión Europea en España

<http://ec.europa.eu/spain> - twitter: http://twitter.com/Press_EC_Spain